A su amigo Manuel Suarez García:

Sinesio

CABECITA DE PÁJARO

CABECITA DE PÁJARO

CUENTO INFANTIL

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN SIETE CUADROS, EN PROSA,

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

Representado por primera vez en el **Teatro del Príncipe Alfonso** el día 20 de Enero de 1910.

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado.
1910

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Cabecita de pájaro............	Srta. Rodríguez.
Carlota	Sra. Torres.
Luisita..........	Niña Garcés.
La camarera mayor.	Sra. Molíns.
Dominga, *pastora*	Srta. Mateos.
Gilda.......	» Jiménez.
Jazmín, paje.	Sr. Porredón.
Antón, *pastor viejo*........	» Venegas.
El príncipe.............	» Lliri.
El mayordomo mayor..	» Sánchez.
El médico.............	» Portillo.
Bals, *labrador rico*...	» Lliri.
Brito, *pastor*......	» Alverá.

Dos cortesanos, que no hablan.



ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Habitación de una casa modesta. A la derecha, colocada verticalmente á la batería, una cama pequeña, casi una cuna, rodeada de cortinas. La de frente al público descorrida al empezar el cuadro. La de la derecha viene á formar la pared de ese lado y tiene en el centro una abertura. Los restantes muebles pintados en el telón para facilitar las mutaciones.

ESCENA PRIMERA

LUISITA acostada.— CARLOTA asomando no más que el busto entre las cortinas de la derecha. Al alzarse el telón se oye dentro y abajo una orquesta que toca un vals brillante. El diálogo empieza al cabo de un rato.

CARLOTA. No te dormirás si te empeñas en tener los ojos abiertos.

LUISA. Si los cierro, mamá; pero no me duermo. No me dejan esos hombres que tocan. Diles que se callen.

CARL. No puedo, hija mía.

LUISA. ¿Por qué?

CARL. Porque están en el principal. Es el santo del dueño de la casa y tiene convidados y música.

LUISA. ¿Sí? Entonces ya sé para qué quieres que me duerma pronto.

CARL. ¿Para qué?

LUISA. Para ir tú á la fiesta y no llevarme.

CARL. ¿Yo á la fiesta? No. hija mía. A nosotros no nos convida el dueño de la casa. ¿Has visto la ropa que había en la canasta grande? Pues mientras tu papá copia papeles para el señor escribano, yo tengo que acabar toda esa labor esta misma noche para entregarla en la tienda mañana tempranito. Puede que tú te despiertes al salir el sol y nosotros no hayamos concluído todavía.

LUISA. ¡Pobrecitos papás! Voy, voy á dormirme. (Pausa larga.) ¡Ay! pero esa música... ¿Por qué tocan á estas horas la música?

CARL. ¿No te lo he dicho? Porque hay baile en el principal. ¡Y estará tan hermoso! Han venido muchos señores muy finos, que no necesitan copiar papeles, y muchas señoritas muy guapas, que no tienen que acabar ninguna labor esta noche, y bailan y se divierten y se ríen todos mucho. Para ellos toca esa música, unas veces aquí, otras veces en otra parte; pero toca siempre... siempre...

LUISA. Pues yo no me voy á poder dormir. Cuéntame otro cuento.

CARL. ¿Otro? ¡Si te los he contado todos, y algunos dos veces!

LUISA. ¡No, no! Todos no. El del pastor me falta.

CARL. Es verdad; se me había olvidado. Cierra, cierra los ojos y escucha. Este era un pastor...

LUISA. ¿Que tenía la pierna hinchada? ¡Ese no me gusta! ¡Ese no es un cuento!

CARL. Pues ¡cuál dices?

LUISA. El del otro; el del pastor bueno que recogió á una niña. (Cesa la música dentro.)

CARL. ¡Ah, sí! Pues verás: Hace muchos, muchos años, antes de que Mambrú se fuera á la guerra, había un pastor muy viejo que tenía su cabaña en lo alto de un monte. Un día, cuando iba á dar de beber á su rebaño, se encontró á la orilla del río una niña

muy pequeña, muy pequeña, que no sabía hablar todavía y que no tenía padre ni madre. Como era compasivo y de buen corazón se la llevó á su cabaña y la crió con leche de sus ovejitas, hasta que fué creciendo, creciendo, y llegó á ser la envidia de todas las zagalas de los contornos. Pero salió tan atolondrada y tan sin juicio que se pasaba los días haciendo castillos en el aire. Unas veces decía que quería ser reina para vivir en un palacio y mandar en muchos hombres; otras que no quería salir de un valle florido para apacentar corderos blancos coronada de rosas, y otras que quería cruzar los mares para conocer otros pueblos y otras gentes y gozar de la vida. Por eso, y porque nunca se supo su verdadero nombre, el pastor viejo la llamó «Cabecita de pájaro», y por «Cabecita de pájaro» la conocían también los zagales y los labriegos. Unas noches, al dormirse como yo quisiera que te durmieras tú ahora, soñaba que se la aparecía un cortesano vestido de púrpura y de tisú de oro, y que la preguntaba: «Cabecita de pájaro, ¿quieres venir conmigo y te llevaré á casarte con el hijo del rey?» Y otras noches se figuraba que venía un pastorcillo muy galán y la decía: «Cabecita de pájaro, cásate conmigo y te llevaré á mi choza que está allá arriba, en un pico de la montaña. Desde ella se ve mejor brillar las estrellas y á sus pies se extienden leguas y leguas de terreno cubierto de flores ....» (Cambiando de tono.) Pero te molesta la luz, ¿verdad? Espera un momento. (Corre la cortina que da frente al público. Quedan, por consiguiente, ocultas las figuras, pero siguen oyéndose las voces.)

LUISA. Sigue. ¿Qué más?

CARL. Pues que una noche, ya no en sueños, sino despierta y bien despierta, vió á la luz de la luna detenerse en un claro del bosque una lucida cabalgata de palaciegos y de soldados, y que el que parecía el principal de ellos

echaba pie á tierra y se acercaba á la cabaña diciendo: «¡Cabecita de pájaro!... ¡Cabecita de pájaro!...»

VOZ DE HOM. (Dentro y como un eco.) ¡Cabecita de pájaro! ¡Cabecita de pájaro!...

Mutación.

CUADRO SEGUNDO

Jardín de palacio con estatuas y fuentes. Luz de mediodia.

ESCENA II

El mayordomo.— La camarera.—Jazmín.

MAYORD. (Saliendo.) ¡Cabecita de pájaro! ¡Cabecita de pájaro! .. Ya lo veis, señora; en el jardín no está tampoco. (Salen la Camarera y Jazmin.) Este queda en segundo término.)

CAMARERA. Y ¿qué queréis que yo le haga?

MAYORD. Cumplir vuestro deber y no separaros jamás de la princesa. ¿No sabéis que está todavía en estado salvaje y puede darnos un disgusto? Si ahora no parece, cuando la Corte entera está esperando para asistir á la boda, vos y yo podemos contarnos colgados de una almena; mejor dicho, de dos almenas, una para cada uno.

CAMARERA. Vos habéis tenido la culpa, señor mayordomo.

MAYORD. ¡Yo! ¿Por qué?

CAMARERA. Porque como me habéis encargado que procure domar los instintos montaraces de la princesa, aproveché la ocasión mientras nos llamaban para la ceremonia y empecé á leerla aquel libro de versos que me disteis. Con-

fieso que no lo pude resistir y me quedé dormida antes de llegar á la segunda página. Cuando desperté me encontré sin ella.

MAYORD. Y ¿á quién se le ocurre leerle versos á nadie el día de la boda? ¿No comprendéis que ese era el medio mejor para que la entraran ganas de volverse al monte?

JAZM. Aquí viene la princesa.

MAYORD. ¡Loado sea Dios que nos la trae á las manos! Nos hemos salvado de la horca.

ESCENA III

DICHOS.—CABECITA DE PÁJARO.

CAB. PÁJ. (Que entra brincando alegremente y blandiendo un cazamariposas.) ¡Ah! estabais aquí. Buscándome sin duda.

MAYORD. Después de haberlo hecho por todo el palacio. ¿A qué habéis salido de vuestro camarín, señora?

CAB PÁJ. Ya lo veis, á cazar mariposas. ¿Es un delito acaso?

CAMARERA. Delito, no; pero...

CAB. PÁJ. Pero ¿qué?

MAYORD. Pero en estos momentos es falta grave. ¿Os parece bien semejante escapatoria cuando el rey y el príncipe os esperan para presentaros á la Corte?

CAB. PÁJ. ¿Que me espera el príncipe? ¿A quién se lo contáis? Me trajeron á casarme con él hace ocho días y ni siquiera ha tenido la curiosidad de ver cómo tengo la cara.

MAYORD. Porque la etiqueta así lo exige.

CAB. PÁJ. ¡Ah! ¿La etiqueta manda que no se conozcan los novios hasta después de casarse, es decir, hasta que ya no son novios? ¿Y si el príncipe no me gusta á mí ahora?

MAYORD. Os gustará forzosamente, puesto que os habéis de unir á él por razón de Estado.

CAB. PÁJ. ¡La razón de Estado! ¡la etiqueta! ¿Sabéis

que por esas dos cosas hace ocho días que no puedo vivir á gusto? ¡Si no fuera porque me he pasado la vida soñando con ser la esposa del hijo del rey!

MAYORD. Vuestro futuro no es el hijo del rey.

CAB PÁJ. ¿Que no?

MAYORD. Es su hermano, el heredero de la corona.

CAMARERA. El rey no ha tenido sucesión, ni es fácil que la tenga.

CAB. PÁJ. ¿Por qué?

CAMARERA. Porque es viudo.

MAYORD. Y porque tiene setenta y cuatro años.

CAB. PÁJ. ¿Qué decís?

MAYORD. Que el rey tiene setenta y cuatro años.

CAB. PAJ. Y... ¿cuántos le lleva al príncipe?

MAYORD. Ninguno. El príncipe es el hermano mayor.

CAMARERA. Nació tres años y medio antes que el rey.

CAB PAJ. (Desvaneciéndose.) ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...

MAYORD. ¿Qué os pasa, señora?

CAB. PÁJ. Un mareo, un ahogo... No, no es nada. Sin duda la fresa...

MAYORD. ¡Cómo! pero ¿habéis comido fresa sin licencia de nadie?

CAMARERA. ¡Ha comido fresa!

MAYORD. ¡Ha comido fresa! Jazmín, haz que venga el médico á escape.

CAB. PÁJ. ¡No! Jazmín, ¡no! ¡El médico no!

MAYORD. ¡Obedece, digo! (Vase Jazmín.)

CAB. PÁJ. ¡El médico, no! ¡el médico, no! ¡Que me ha hecho sangrar dos veces desde que vine!

MAYORD. Porque sería necesario, princesa.

CAB. PÁJ. ¡Ah! ¿también exige la etiqueta que me sangren?

MAYORD. No; pero vuestra salud es preciosa.

CAB. PÁJ. Mi salud ha sido preciosa siempre.

MAYORD. Ahora más, porque depende de ella la paz del reino.

CAB. PÁJ. Es que por la paz del reino me va á asesinar ese hombre.

ESCENA IV

DICHOS.—EL MÉDICO.

JAZM. (Saliendo.) Aquí los tenéis.

MÉD. (Saludando á Cabecita de pájaro.) Señora...

CAB. PÁJ. Sí; aquí nos tenéis, pero no hacéis ninguna falta. Ya estoy buena del todo.

MÉD. Eso creeréis, pero habéis comido fresa, y la fresa en este tiempo suele ocasionar alteración de humores, que trae consigo calenturas malignas.

CAB. PÁJ. ¡Dios mío! ¡Ya habla de humores! ¡Me sangra!

MÉD. No es preciso tanto. Lo que sí hay que hacer, sin pérdida de tiempo, es aplicaros al pecho un emplasto de rabos de lagartijas, á la espalda un parche de pez y á los tobillos dos sinapismos fuertes. Y todo ello sobre la marcha.

CAB. PÁJ. ¡Cómo! Y ¿me voy á casar con los sinapismos y los parches? ¡Prefiero la sangría!

MÉD. La sangría vendrá después, cuando los humores se hayan depositado en los sitios á donde los tópicos los llamen.

CAB. PÁJ. ¡Si ya decía yo que no me escapaba!

JAZM. El príncipe llega.

CAB. PÁJ. ¡Ah! ¡qué á tiempo! ¿Sabéis lo que voy á pedirle como regalo de boda? ¡La cabeza de este hombre!

CAMARERA. ¡Vedle, princesa! ¿Qué gallardo mancebo podrá comparársele?

(Aparece el príncipe seguido de dos cortesanos.)

CAB. PÁJ. ¡Ninguno! ¡No puede comparársele ninguno!

ESCENA V

DICHOS.—EL PRÍNCIPE.—DOS CORTESANOS.

MAY. Y CAM. (Saludando.) Señor...

PRÍNC. (Saludando á Cabecita de pájaro.) Señora...

CAMARERA. Inclinaos ante el príncipe, princesa. La etiqueta lo exige.

CAB. PÁJ. (La etiqueta exige que me case con mi bisabuelo).

PRÍNC. Estábamos intranquilos por vuestra tardanza. Ya los cortesanos murmuraban de vos, y claro está que de mí, cuando llegó la noticia de vuestra repentina enfermedad... Veo que, por fortuna, todo ha pasado y que estáis dispuesta para la solemne ceremonia que ha de hacernos el uno del otro.

CAB. PÁJ. ¿Dispuesta? La verdad es que no estoy muy dispuesta que digamos.

PRÍNC. ¿Qué decís?

CAB. PAJ. Que... que todavía siento una pesadumbre en el pecho... ¿No se podría dejar para otro día el sacrificio?

PRÍNC. ¿El sacrificio de quién, princesa?

CAB. PÁJ. El... el vuestro. Es la primera vez que me véis, no me habéis tratado, no conocéis mi carácter. . ¿No teméis que una campesina zafia como yo, os haga sin querer desgraciado?

PRÍNC. No puedo temerlo. Los más sabios maestros se encargarán de desbastaros y puliros enseñandoos religión, matemáticas y astronomía.

CAB. PÁJ. ¿Qué decís, alteza? Pero, ¿ahora tendré que aplicarme á los libros? Pues entre ellos y el médico acabarán con mi vida en un abrir y cerrar de ojos.

PRÍNC. Y además, para que mi felicidad no peligre, en cuanto terminen las fiestas de nuestro casamiento os recluiréis en vuestro camarín y no saldréis de él si no es para la sepultura. Así lo disponen las leyes del reino.

CAB. PÁJ. ¡Oh, qué sabias leyes! ¿De modo que no podré hacer cuanto me plazca ni mandar en mis súbditos?

PRÍNC. Eso sí; mandaréis cuanto quisiereis y seréis obedecida.

CAB. PÁJ. Menos mal.

PRÍNC. Siempre que vuestras órdenes estén de acuerdo con el parecer de vuestra camarera mayor, del mayordomo de palacio, del consejo de nobles y de vuestro real esposo.

CAB. PAJ. ¿Nada más?

PRÍNC. Nada más.

CAB. PÁJ. Y... ¿por qué me habéis escogido por esposa habiendo, como habrá, tantas hermosas damas en la corte?

PRÍNC. No os escogí yo. Fué la razón de Estado.

CAB. PÁJ. Ya está aquí la razón de Estado. ¿Queréis decirme qué razón es esa?

PRÍNC. Pero ¿no la sabéis aún? El rey vuestro padre..

CAB. PÁJ. ¡Cómo! pero ¿soy hija de vuestro hermano y sobrina vuestra?

PRÍNC. No. Vuestro padre fué el antecesor de mi hermano. Sois hija de él y de una pastora, y vuestro nacimiento, como podéis suponer, produjo grande escándalo... Tanto, que mi hermano, al frente de los descontentos, arrojó del trono á vuestro padre, encarceló de por vida á vuestra madre y os abandonó en la montaña.

CAB. PAJ. ¡Qué historia tan bonita!

PRÍNC. Pero el rey vencido, que ya ha muerto, tenía también sus partidarios que amenazaron con una guerra civil. Para evitarla ha sido preciso que os dé su mano el heredero de la corona... ¿Comprendéis que os haya escogido á vos y no á otra alguna?

CAB PÁJ. Lo que comprendo es.. que soy muy desgraciada.

PRÍNC. ¿Por qué?

CAB. PÁJ. Porque seguirán persiguiéndome los enemigos de mi padre.

PRÍNC. No temáis. Cuando se anunció nuestra boda se alzaron en armas y han sido todos pasados á cuchillo, con harta pena de mi hermano, puesto que ellos fueron los que le elevaron al trono.

CAB. PÁJ. ¡Qué horror! ¿De modo que mi casamiento ha costado ya la vida á muchos hombres? ¡Y yo que me entretenía en comer fresas y cazar mariposas!

PRÍNC. Es la política de los Estados, princesa.

MAYORD. Con todo respeto advierto al príncipe que la Corte estará impaciente por su tardanza.

PRÍNC. Es verdad. Seguidme. No os conduzco de la mano, señora, porque la etiqueta lo prohibe. Vamos. (Vánse el príncipe y los dos cortesanos.)

CAB. PAJ. Yo no le sigo.

CAMARERA. ¿Qué decís?

CAB. PAJ. Que no le sigo. No quiero que haya más guerras por mi causa ni pasarme la vida enjaulada como un jilguero.

MAYORD. ¡Ved á lo que nos exponemos todos!

CAB. PAJ. Y á mí ¿qué me importa? (Mientras cuchichean el mayordomo, el médico y la camarera, Jazmín se acerca á la princesa y la habla aparte.)

JAZMÍN. Cabecita de pájaro, id y no temáis nada, que yo estoy aquí para salvaros.

CAB. PAJ. ¿Eh? ¿Qué dices? ¿Quién eres?

JAZMÍN. Silencio. Esta tarde, en la cacería, procurad apartaros de la comitiva y perderos en el bosque.

CAB. PAJ. ¿Y me salvaré con eso?

JAZMÍN. Os salvaréis, yo os lo aseguro.

CAB. PAJ. (A los otros.) Guiad, amigos. Tenéis razón. Debo sacrificarme por vosotros.

MAYORD. (Pronto se ha convencido.)

MÉD. (Es sospechoso este cambio.)

CAMARERA. (Algo medita.) (Vanse todos. Cabecita de pájaro vuelve de pronto al lado de Jazmín.)

CAB. PAJ. ¡Que no se os olvide salvarme!

JAZMÍN. Descuidad.

CAMARERA. (Dentro.) ¡Princesa!

CAB. PÁJ Voy, voy. (Medio mutis. Torna á acercarse á Jazmín de nuevo.) Que me pierdo ¿eh? ¡Que estoy decidida á perderme! (Vase corriendo.)

JAZMÍN. (Contemplándola desde el fondo) ¡Cabecita de pájaro! ¡Cabecita de pájaro!...

Mutación.

Durante ella se oyen dentro, á distancias distintas, trompas y cuernos de caza.

CUADRO TERCERO

Bosque espeso. Es de noche. Luz de luna.

ESCENA VI

JAZMÍN, que sale con precaución escudriñando la selva en toda direcciones.—En seguida ANTÓN.

ANTÓN. (Dentro.) ¡Señor Jazmín! ¡Señor Jazmín!
JAZMÍN. ¡Eh! ¿Quién me llama?
ANTÓN. (Saliendo.) Soy yo, señor Jazmín; ¿qué hacéis por aquí solo? ¿Os habéis extraviado en la selva?
JAZMÍN. No puedo extraviarme de día ni de noche. La conozco á palmos.
ANTÓN. Ya lo creo que la conocéis. No os pasa lo mismo conmigo, ¿verdad? Pues yo sí que os conozco.
JAZMÍN. Buen provecho os haga y seguid vuestro camino.
ANTÓN. Sí; lo seguiré, lo seguiré. Cuidad vos de no tropezar en el vuestro. (Medio mutis.) ¿Sabéis por qué sonaban esas trompas? La cacería debe de haberse acabado, puesto que hace tiempo que he visto á los monteros retirarse hacia el valle.
JAZMÍN. No lo sé. Se llamarían para unirse al rey.

ANTÓN. ¿Y no será porque os habrán echado de menos y harán sonar las bocinas para orientaros?

JAZMÍN Dejadme en paz. ¿No os digo que no puedo extraviarme?

ANTÓN. Es verdad; vos no, y lo saben todos de seguro Pero ¿no podrá haberse extraviado alguna otra persona de la comitiva? ¡Hay tan pocos senderos y los matorrales son tan intrincados! ¿No os parece, señor Jazmín? ¡Y es tan fácil perder la cabeza persiguiendo á un jabalí ó á un corzo! Yo he sido cazador en mi juventud y sé lo que es eso.

JAZMÍN. Pero ¿no véis que no puedo contestaros porque no sé nada?

ANTÓN. Pajecillo de la princesa, ¿no será á vuestra señora á quien buscan? Ella es tan atolondrada y tan atrevida que bien pudiera haberse alejado demasiado del acompañamiento.

JAZMÍN. ¿Por qué lo decís?

ANTÓN. Porque os conozco demasiado, pajecillo de la princesa, y adivino vuestras intenciones. Por algo habrá entrado en palacio el gallardo pastorcillo de la montaña.

JAZMÍN. ¡Sois brujo, sin duda!

ANTÓN. Lo seré si hace falta, para defender y amparar á Cabecita de pájaro contra todos y contra todo. ¡Tened cuidado con mis hechizos, señor Jazmín, tened mucho cuidado!

JAZMÍN. ¡Id, y que el diablo os lleve! (Vase.)

ESCENA VII

ANTÓN.—MAYORDOMO MAYOR.—CAMARERA.—
MÉDICO

ANTÓN. A ti, á ti es á quien llevará de seguro por traidor, imprudente y ambicioso.

CAMARERA. (Saliendo.) ¡Ah! Aquí hay un hombre.

MAYORD. Decid, buen viejo, ¿hace mucho tiempo que andáis por el bosque?

ANTÓN. Sí; mucho tiempo. Desde antes de ponerse el sol.

MÉD. Y ¿no habéis visto á una dama que debe de recorrerle como una loca sin poder encontrar la salida?

ANTÓN. A una, dama no. Con quien topé en este mismo sitio fué con un paje, que se marchó cuando veníais.

MAYORD. Sin duda andará buscándola también. El paje no nos importa.

ANTÓN. A mí sí; á mí sí que me importa el paje. La dama de quien habláis ¿es acaso la princesa?

MAYORD. La princesa es, y por su desaparición nos esperan los calabozos de palacio, de donde no se sale nunca.

CAMARERA. O el cáñamo, que no permite la vuelta.

MÉD. O el hacha y el tajo, que tampoco dejan lugar á la esperanza

ANTÓN. ¿Tan duro será vuestro castigo?

CAMARERA. Y con razon, que los tres estábamos encargados de su guarda.

MÉD Con orden de no separarnos de ella un solo instante.

MAYORD. Pero ya veis cómo ella se ha separado de nosotros.

ANTÓN. ¡Es tan loca la pobre princesa!

MAYORD. ¿La conocéis acaso?

ANTÓN. Mucho, mucho que la conozco Como que sin mí no tendría tal esposa el príncipe.

MAYORD. ¡Ah! ¿Sois vos el pastor que la encontró abandonada?

ANTÓN. Yo soy el que la recogió sin saber quién era; el que procuró en vano hacerla amar la paz y la quietud de nuestra choza, y el que lloró amargamente cuando me abandonósin pena para realizar sus sueños de cabecita loca. (Las trompas y bocinas vuelven á oirse dentro.)

MÉD. Suenan las trompas otra vez. Eso prueba que no ha parecido todavía.

MAYORD. Ayudadnos á buscarla.

ANTÓN. ¿Para qué? Dejadla, dejadla que cumpla su destino... Yo he leído en las estrellas que volverá á mis brazos y que sólo entonces podrá ser feliz, cuando haya probado las amar-

guras del mundo. Que más dichoso que el que nunca conoció el mal, es el que pierde la felicidad y torna á recobrarla.

MAYORD. Pero figuraos, buen viejo, lo que va á ser de nosotros si no la encontramos.

CAMARERA. O si la encontramos herida por alguna feroz alimaña del bosque.

MÉD. ¡Oh! por eso no os apuréis. He descubierto un bálsamo que cura las heridas con sólo tocarlas.

CAMARERA. ¡No me fío de vuestro bálsamo!

MAYORD. Sobre que no lo traéis encima y no os darán tiempo de aplicarle.

ANTÓN. Venid, me dais compasión. Registraremos todos los escondrijos de la selva.

CAMARERA. Gracias, gracias, buen viejo. ¡Salvadla dos veces!

MÉD. Y salvadnos á nosotros siquiera una.

(Vanse.)

ESCENA VIII

CABECITA DE PÁJARO.—En seguida JAZMÍN.

CAB. PÁJ. (Saliendo por el otro lado.) Sí, sí; registrad, registrad... Al palacio no vuelvo. Si Jazmín no parece prefiero que me devoren las fieras á que me devore la razón de Estado.

JAZM. (Apareciendo.) ¡Chist! Princesa.

CAB. PÁJ. ¡Ah! Jazmín; ve que me buscan y acabarán por encontrarme. Sálvame, como me prometiste, pajecillo.

JAZM. No, princesa; ya no puedo engañaros. Os salvaré, pero no soy Jazmín ni soy vuestro paje.

CAB. PÁJ. ¿Quién eres, entonces?

JAZM. Soy un pastor; un humilde pastor que te ama desde que alegrabas las praderas apacentando tu rebaño. Soy la libertad, que te espera en los picachos de la sierra cubiertos de nieve.

CAB. PÁJ. ¡El zagal de mis sueños! Sí; huyamos, huyamos. La corte me ahoga y el palacio es una cárcel.

JAZM. Soy el amor, que te trae la felicidad de la vida.

CAB. PÁJ. ¡Vámonos lejos, lejos!...

JAZMÍN. Cabecita de pájaro, ven conmigo y te llevaré á mi cabaña, que está allá arriba, en lo más alto del monte. Desde ella se ve mejor brillar las estrellas y á sus pies se extienden leguas y leguas de terreno cubierto de flores...

(Vanse lentamente. Suenan de nuevo bocinas y trompas.)

Mutación.

CUADRO CUARTO

La misma decoración del primero.

ESCENA IX

CARLOTA.—LUISITA.

Al callar las trompas vuelve á sonar la orquesta, que toca otro vals. El diálogo empieza, como la otra vez, al cabo de un rato sin descorrerse la cortina.

LUISITA. Y ¿qué más?

CARL. Pero, ¿no te has dormido todavía?

LUISITA. Casi, casi. Sigue, sigue otro poco. ¿Qué más?

CARL. Pues aquella noche el paje y la princesa vagaron por el bosque sin que los cortesanos dieran con ellos. ¡Figúrate cómo estarían al día siguiente el rey viejo y el príncipe más viejo que el rey, y el susto que se llevarían los acompañantes!... Conque ello fué que cuando Jazmín se puso sus vestidos de pastor y la princesa quedó convertida en aldeana...

Mutación.

CUADRO QUINTO

Cocina de la casa de un labrador rico. Chimenea de campana Arden grandes troncos sobre el hogar y pende sobre ellos el caldero clásico.

ESCENA X

BLAS, arrellanado en un sillón de cuero junto á la chimenea.—En seguida BRITO y DOMINGA.

BLAS. Entre, entre quien sea. La puerta de mi cas está abierta para todos de día y de noche.

BRITO. (Saliendo.) Con licencia, señor amo.

DOM. (Idem.) Con licencia.

BLAS. ¡Hola! ¿Sois vosotros? ¿y á estas horas? ¡Caras de malas nuevas tenéis!

BRITO. No son buenas las que traemos.

BLAS. ¿Enfermó el rapaz ó está peor tu madre, Dominga?

DOM. Gracias á Dios están todos bien. El daño que venimos á contar es cosa del señor amo.

BLAS. No será tanto que no pueda remediarse; si no es de muerte.

BRITO. De muerte de persona no es; pero el lobo bajó anoche y se llevó tres corderos.

DOM. Y el choto más hermoso se perniquebró esta mañana al saltar un regato.

BRITO. Y el asno que comprasteis hace un mes... ¡ha amanecido muerto!

DOM. Y en esta última semana han dejado de acudir al palomar más de dos docenas de palomas.

BLAS. ¡Muchas calamidades juntas son!

BRITO. Por eso hemos venido; porque son muchas calamidades juntas, y ello cosa de brujería parece.

DOM. Lo es, Brito, lo es; y en el lugar todos lo saben.

BLAS. ¿Qué es lo que saben en el lugar?

DOM. Díselo, Brito.

BRITO. Díselo tú, que eres más mañosa para contar cuentos.

DOM. Pues... ya sabe el señor amo que Leandro el pastor, que tiene la choza en el pico de Miracielos, desapareció de la noche á la mañana.

BLAS. Abandonándome el ganado, ya lo sé.

DOM. Y ya sabe que volvió con una zagala que se había criado á la otra parte del monte en la cabaña de Antón el Viejo.

BLAS. Eso no lo sabía. Sigue.

DOM. Pues... dicen que esa zagala no es lo que parece, sino la hija bastarda de un rey, que la llevó á la corte para casarla con el príncipe; pero allí la tomó el demonio y por su causa hubo peste y guerras y quema de pueblos y muerte de hombres, por lo cual ella tuvo que escaparse con el pastor que había llevado de paje, y el rey los maldijo á ella y á él y á todas las tierras y lugares donde estuvieren.

BLAS. Pero eso ¿es verdad?

BRITO. ¿Que si es verdad? Desde que vinieron á la choza los frutos se pudren en los silos, los cobertizos se hunden por la noche sobre los rebaños y los lobos bajan de la sierra en manadas... ¡la maldición ha caido sobre nosotros, señor amo!

BLAS. Y ¿por qué no habéis avisado al señor abad?

BRITO. Porque no nos parece buen remedio el de

los conjuros. Si el diablo sale del cuerpo de la zagala y queda suelto por el valle... es seguro que saldremos perdiendo. Mejor será que el señor amo acuda á la justicia, que para librarnos del enemigo, más confianza que en los latines del señor abad tenemos todos en un buen calabozo con cadenas.

BLAS. Y ¿por qué no habéis acudido vosotros?

BRITO. Porque somos pobres, y la justicia, dado que nos atendiera de buena voluntad, tardaría tanto en la sentencia que ya no quedaría casa en pie ni res con vida en estos contornos.

ESCENA XI

DICHOS Y GILDA.

GILDA. (Dentro.) No entre, madre, no entre. Yo entraré sola. (Saliendo.) ¡Ay, señor amo!

BLAS. ¿Qué es eso, Gilda? ¿Qué te pasa?

GILDA. Una desgracia grande; que padre está muy malo y creo que se muere.

BLAS. ¿Le dió alguna congoja?

GILDA. No le dió tal, sino que estando en la parte baja de la torrentera labrando una tierra del señor amo, vino de pronto de lo alto de la montaña una bola de nieve que cegó el cauce y echó fuera el agua del torrente. Cogió á padre desprevenido y le hizo rodar por la ladera. Magullado tiene el cuerpo por los guijarros, pero no es eso lo peor, sino que ha perdido los sentidos y no mueve pie ni mano á causa del susto.

BLAS. Y ¿qué quieres que yo le haga, mujer?

GILDA. Castigar á quien tiene la culpa.

BLAS. ¿Quién es?

GILDA. ¿Quién ha de ser, señor amo? La que tiene la culpa de todos los males de la comarca. La zagala de la choza de Miracielos.

BLAS. También tú crees...

GILDA. Cuando se desplomó la nieve ella acababa de pasar por el sendero alto de la torrentera.

BLAS. Pues mira, díselo á quien puede responder. Aquí está el pastor que la trajo.

ESCENA XII

DICHOS.—JAZMÍN (de pastor).

JAZM. Con licencia.

DOM. y GIL. (Aterradas y haciendo la señal de la cruz.) ¡Ay! ¡Ay! ¡Abrenuncio! ¡Abrenuncio! (Huyen. Brito se esconde tras el sillón de cuero y lo alza á la altura de la cabeza por cubrirse.)

BLAS. No temáis nada.

BRITO. (Huyendo también y llevándose el sillón.) ¡Aparta, aparta, criado del demonio!

JAZM. ¿Por qué huyen? ¿Por qué temen?

BLAS. Tú sabrás si tienen razón.

JAZM. Ninguna, señor amo.

BLAS. Dicen que la mujer que trajiste contigo está maldita y que el diablo vive en ella.

JAZM. Consejas de gente ruin y miedosa.

BLAS. ¿Y si no lo fueran?

JAZM. Lo son, señor amo. Pero por ellas no encuentro donde ganar mi pan ni hogar en que calentar mi cuerpo. Todos huyen de mí como de un apestado y nadie quiere poner en mis manos la cayada para guardar los corderos ni el pico para labrar la tierra.

BLAS. ¿Por qué te fuiste? ¿Quién es esa mujer? ¿Es tu amor acaso?

JAZM. No es mi amor; es mi venganza.

BLAS. ¿Qué dices?

JAZM. Que yo no he sido pastor nunca. Cuando me entregaste tu rebaño no sabías á quién se lo entregabas. ¿No has conocido en mi apostura y en mis ademanes que no nací villano? El rey usurpador hizo matar á mi padre y yo pude huir de la corte disfrazado de zagal, jurando vengarme como pudiera. Sabía

dónde y cómo estaba la hija bastarda del rey destronado, y, comprendiendo que ella con el tiempo podría servirme de mucho, seguí sus pasos todos mientras fingía apacentar tus ovejas. Cuando la llevaron á la corte para evitar la guerra casándola con el príncipe, yo me presenté también y fuí su paje, y el mismo día en que se celebraron las bodas la cegué de amor y se la robé al esposo, para que el reino entero creyera que la desaparición de la princesa era un castigo de las buenas hadas y se alzara en armas contra los usurpadores. Así ha sido y allá voy, á cambiar el sayo del zagal por los arreos de guerra y á vengar á mi padre.

BLAS. Pero, ¿y la pobre niña?

JAZM. Lástima la tengo, pero más me estorba que me ayuda. Forzoso me es abandonarla y á eso venía: á pedirte para ella protección y ayuda.

BLAS. No; no puede ser, ¡infeliz! Por tocada de hechicería la tienen, y todas las pruebas del mundo no bastarán á deshacer esa mentira. Si yo la amparase me vería como tú te ves ahora... ¡No! ¡No puede ser! ¡Llévala contigo?

JAZM. ¿Conmigo? ¿Para que pudiera caer en manos del príncipe y se deshiciera el cuento de las buenas hadas? ¡No me creáis tan simple! Con Dios quedad y haced lo que se os antoje. (Vase.)

BLAS. Pero, escucha... ¡Maldito afán de la venganza, que todo lo rompe y todo lo seca!... ¡Leandro!... Escucha, aguarda... (Vase tras él.)

Mutación.

CUADRO SEXTO

Sierra cubierta de nieve. Lejos, y al final de un sendero, se ve una choza de pastor. En primer término de este sendero una piedra tosca que sirve de asiento.

ESCENA XIII

CABECITA DE PÁJARO, de pastora, sentada en la piedra.—Después y sucesivamente, GILDA, DOMINGA y BRITO.

CAB. PÁJ. Mucho tarda Jazmín. Cada vez que me deja tarda más en volver. ¡Ah! esta buena aldeana podrá socorrerme.

GILDA. (Saliendo y viéndola.) ¡Jesús! (Intenta volverse atrás.)

CAB. PÁJ. No huyas, por Dios.

GILDA. Pues aparta y déjame pasar, ya que no podré remediar la desgracia que me espera por haberte visto.

CAB PÁJ. ¿Qué dices, mujer? La desgraciada soy yo, que aguardaba el paso de una buena alma por este sendero para pedirla un pedazo de pan ó un puñado de higos con que saciar el hambre.

GILDA. ¡Ah! ¿tienes hambre? ¡Y quieres que te socorra! ¿No sabes que está maldito el que te ampare y ayude?

CAB. PÁJ. ¿A mí? ¿por qué, si nunca hice mal?

GILDA. ¡Nunca! ¡Y por tu causa se me está muriendo padre!

CAB. PÁJ. ¡Por mi causa!

GILDA. ¡Aparta, aparta! ¡Jesús, Jesús! (Cruza rápidamente la escena y vase, poniendo los dedos en cruz.)

CAB. PÁJ. ¿Qué es esto? ¿Qué creen de mí estas buenas gentes? ¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué no me despedazaron las fieras en el bosque? ¡Y Jazmín que no llega! (Salen Dominga y Brito.)

BRITO. Espera, Dominga; yo pasaré delante. Si intenta hacernos mal la tiraré al barranco.

DOM. Ten cuidado, Brito.

CAB. PÁJ. Pasad sin miedo, pastores. Pero dadme por caridad algo que comer, que me muero de hambre. ¡La princesa Cabecita de pájaro se muere de hambre!

BRITO. ¡Que te alimente el diablo, tu señor! Corre, corre, Dominga.

DOM. ¡Abrenuncio, abrenuncio! (Vanse corriendo.)

CAB. PÁJ. Huyen me abandonan, me temen... ¡me hacen la señal de la cruz como al diablo! (Vuelve á sentarse.) ¡Mi sueño del gallardo zagal también era mentira! (Queda pensativa y triste con la cabeza entre las manos. Por eso no ve á Jazmín, que llega y la contempla un momento.)

ESCENA XIV

CABECITA DE PAJARO.—JAZMÍN.

JAZM. Cabecita de pájaro, ¿me esperabas?

CAB. PÁJ. ¡Ah, Jazmín! Sí; te esperaba. Siempre te espero... ¡Sálvame otra vez de la desesperación y de la muerte, pajecillo de la princesa! ¡Tu amor me queda nada más en esta soledad del alma y en esta fatiga del cuerpo!

JAZM. Sí; mi amor te queda nada más. Pero...

CAB. PÁJ. Pero ¿qué? Habla.

JAZM. Que es preciso que nos separemos para siempre; que yo también, partiéndoseme el corazón, tengo que abandonarte.

CAB PÁJ. ¿Que es preciso? ¿También aquí para el amor hay razón de Estado?

JAZM. Razón de la necesidad, que es más fuerte que todo. Nuestra aventura me cierra todas las puertas; pobres y ricos me rechazan... ¡No puedo traerte ni una migaja de pan de maíz ni una manzana caída del árbol.

CAB. PÁJ. Y eso ¿qué importa? Vivirán nuestras almas sobre la alfombra de flores de los prados, contemplando el brillo de las estrellitas del cielo; ¿no era eso lo que me decías?

JAZM. Cabecita de pájaro, con las estrellitas y las flores no se vive... ¡El amor no resiste á la miseria!

CAB. PÁJ. Pajecillo de la princesa, ¡por qué no será amor!... Ahora soy yo la que te rechaza y te manda que te alejes. Siento que corre por mis venas la sangre de mi padre, y de veras me pesa haber dado oídos á palabras de villano.

JAZM. Atiende, escucha...

ESCENA XV

DICHOS.—ANTÓN.

ANTÓN. Cabecita de pájaro, no le escuches ni atiendas.

CAB. PÁJ. ¡Ah! mi viejo Antón.

ANTÓN. Sí; tu Antón el viejo, que perdonó tu ingratitud y no te abandonó nunca.

CAB. PÁJ. Sosténme, padre, que me muero.

ANTÓN. No te morirás, ahora que la felicidad te espera. (A Jazmín.) Pastor Leandro, paje Jazmín, hijo del chambelán del rey, aquí ha concluído tu misión maldita. ¡Ve á vengar á tu padre!

JAZM. Oidme antes.

ANTÓN. No oimos nada. Vete. No faltará quien, andando el tiempo, vengue también en ti la desgracia de Cabecita de pájaro. (Vase Jazmín cabizbajo y mohíno.) Y tú, pobre niña, vuelve conmigo á la cabaña de donde te sacaron los hados para convencerte del embuste de los sueños de amor y de gloria. Mentira son los esplendores del trono; falsa es también la sencillez tranquila de los campos. Sanguinarios, crueles y ambiciosos son los de arriba; ignorantes, duros y egoístas son los de abajo... Sólo en los brazos del viejo Antón, que te crió con leche de sus ovejas, encontrarás la paz del alma, para que no vuelvas á creer en los príncipes que se casan con las pastoras, ni en los pastores que se mueren de amor por las princesas... Vamos, vamos á nuestra cabaña, Cabecita de pájaro.

(Vanse lentamente. Dentro y abajo vuelve á tocar la orquesta, que continúa hasta el final de la obra.)

Mutación.

CUADRO SÉPTIMO

La misma decoración del primero.

ESCENA XVI

CARLOTA.—LUISA.

CARL. (Descorriendo la cortina que da frente al público.) Y colorín colorao, el cuento se ha acabao. Eso es lo que la pasó á la pobre princesita abandonada por el rey y recogida por el pastor viejo.

LUISA. Me lo volverás á contar mañana, ¿verdad?

CARL. Sí; pero con la condición de que te duermas en seguida.

LUISA. Si no puedo, mamá; ¿no ves que no se callan los músicos?

CARL ¡Ay, hija! Es que para los que no trabajan ni pelean, para los que desconocen las luchas de los poderosos y la miseria de los humildes, esa música está sonando siempre, siempre, siempre...

Telón.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Las modistillas, sainete en un acto y en verso.

El Grillo, periódico semanal, ídem íd. íd.

La gente menuda, ídem íd. íd.

El baile de máscaras, ídem íd. íd.

Somatén, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

La señá Condesa, juguete cómico en un acto y en verso.

La puerta del infierno, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Jiménez.

La moral casera, comedia en dos actos y en verso.

La lavandera, sainete en un acto y en verso.

Lucifer, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La obra, juguete cómico en un acto y en verso.

El gran mundo, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

Paca la pantalonera, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La revista nueva ó la tienda de comestibles, sátira en un acto en prosa y verso, música de los maestros Chueca y Valverde.

La clase baja, revista en un acto y en verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Brull.

Sociedad secreta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con don Carlos Arniches, D. Celso Lucio y D. Fernando Manzano, música del maestro Brull.

La baraja francesa, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La república de Chamba, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Jiménez.

Los pájaros fritos, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La casa encantada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

El toque de rancho, zarzuela en un acto y en verso, música de los maestros Marqués y Estellés.

El ordinario de Villamojada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Valverde, hijo.

El murciélago alevoso, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Luis Ansorena, música del maestro Estellés.

El ama de llaves, juguete cómico en un acto y en verso.

La procesión cívica, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Marqués.

El aquelarre, zarzuela de espectáculo en un acto, en prosa y verso, música del maestro Marqués.

La reina de la fiesta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Torregrosa.

Los inocentes, revista en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Estellés.

La madre abadesa, boceto lírico en un acto, en prosa y verso, música de los maestros Brull y Torregrosa.

La zarzuela nueva, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La vacante de Cañete, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor.

Los altos hornos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Lope

El beso de la duquesa, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

Los mineros, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La espuma, comedia en un acto y en prosa.

El galope de los siglos, humorada satírico-fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Ligerita de cascos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Torregrosa.

Lucha de clases, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Montero.

Mangas verdes, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montesinos.

El siglo XIX, revista lírica en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva y D. Carlos Arniches, música del maestro Montesinos.

Jaque á la Reina, zarzuela en un acto y prosa, música del maestro Montero.

Don César de Bazán, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Montero.

Tierra por medio, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Chapí.

Quo vadis...?, zarzuela de magia disparatada en un acto, en verso y prosa, música del maestro Chapí.

Las caramellas, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Morera.

¡Plus ultra! (segunda parte de la zarzuela de magia disparatada *Quo Vadis...?*), en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La leyenda dorada, revista fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Su Alteza Imperial, zarzuela en tres actos, en verso y prosa, música de los maestros Vives y Morera.

El rey mago, cuento para niños, en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La obra de la temporada, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Valverde, hijo.

El placer de los dioses, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Pérez Soriano.

El paraíso de los niños, zarzuela fantástica infantil, en un acto, prosa y verso, en colaboración con D. Carlos Arniches, música del maestro Valverde, hijo.

La tribu malaya, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Vives.

La infanta de los bucles de oro, cuento infantil, en cuatro cuadros y en verso, música del maestro Serrano.

Los bárbaros del Norte, zarzuela fantástica en ocho cuadros, en verso y prosa, música de los maestros Chapí y Valverde.

Mari-Gloria, boceto de comedia lírica, en un acto y en prosa, música de los maestros Valverde.

El carro de la muerte, zarzuela fantástica extravagante, en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música del maestro Barrera.

La balsa de aceite, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Lleó.

El talismán prodigioso, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en cinco cuadros, en verso, música del maestro Vives.

La ilustre fregona, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en siete cuadros, en prosa, música del maestro Calleja.

Las calderas de Pedro Botero, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en siete cuadros, música del maestro Chapí.

La moral en peligro, zarzuela en un acto, dividido en dos cuadros, en prosa, música del maestro Lleó.

El diablo con faldas, comedia con música en un acto y en prosa, música del maestro Ruperto Chapí.